

La vida en México. Una breve historia

María Soledad Arbeláez

*Si a morar en Indias fueres
Que sea donde los volcanes vieres¹*

La escocesa Fanny Erskine Inglis, marquesa Calderón de la Barca, escribió uno de los libros de viajeros del siglo XIX más conocidos, *La vida en México*. El libro, publicado simultáneamente en Londres y Boston en 1843, es considerado único dentro del género viajero y, de acuerdo con Teixidor, quien lo tradujo al español en 1959, "es el mejor libro sobre México escrito por extranjero alguno".²

La vida en México es igualmente valorado por los historiadores contemporáneos que consideran que su narrativa se adelantó a su época, pues ésta se encuentra muy cercana a la moderna historia social. Estas observaciones son puntuales ya que la marquesa describió con detalle y con una agudeza sin par la geografía, la arquitectura y la sociedad de México al filo de la tercera década del XIX. Es en este último renglón en donde la escritora se enaltecó al exhibir los usos y costumbres privados de las clases dirigentes, en vivo contraste con el gran cuadro de la miseria urbana y rural. De tal manera, el texto puede leerse como un crítico retrato de la élite mexicana a contraluz de la generalizada desigualdad social. Con su libro, Fanny amplió la visión y el alcance de la narrativa viajera al rebasar los temas frecuentes del género. Esto es así en la medida en que, hasta entonces, los via-

jeros anteriores se habían solazado en la magnificencia de las ruinas prehispánicas, la belleza espectacular de los edificios coloniales, la riqueza ilimitada de los reales de minas, las fallas endémicas del sistema político y la indolencia e incultura de sus habitantes.

La vida en México ha fascinado a historiadores y literatos y continuamente ha oscilado entre la fama y el olvido. Su traducción al español tardó más de un siglo y su versión no se ajusta con certeza al original. Al libro igualmente se le cita como a un clásico o como a un libro de referencia obligada, pues es objeto de consulta continua por los especialistas del periodo. No obstante, el prestigio fluctuante de *La vida en México* nunca ha ido de la mano con una valoración equitativa de su autora y de la historia del libro mismo. Tampoco se conoce la publicación de los textos completos del diario y cartas de la marquesa realizada por el extenso trabajo de investigación de Howard y Marion Fisher en 1966.³

De hecho, puede aseverarse que *La vida en México* tiene una historia propia. Es la historia de una intrincada trama de relaciones que unen a su autora con la vida académica de William Hickling Prescott y se extiende a través de la red de estudiosos y eruditos de la Escuela Literaria de Nueva Inglaterra de la primera mitad del siglo XIX. El libro también se vincula íntimamente con la vida literaria del México de

la época, sus polémicas, censuras y prácticas editoriales.

A ciento cincuenta años de la publicación de *La vida en México*, me propongo en este ensayo evocar algunos apuntes sobre la vida de la marquesa Calderón de la Barca y realzar la importancia de algunos pasajes del libro.

Por lo tanto, todos seguimos nuestra vocación⁴

Francis Erskine Inglis nació en Edimburgo el 23 de diciembre de 1804. Fue hija de una familia extensa de diez hermanos y miembro de la aristocracia menor escocesa. Durante su niñez y adolescencia disfrutó de los beneficios asociados con la riqueza y el estatus de la nobleza: una educación clásica latinista a cargo de profesores particulares, viajes culturales por Italia y Francia, clases de música, bailes de salón y apreciación artística.

En 1828, cuando Fanny tenía veintitrés años, la buena fortuna familiar cambió drásticamente. La bancarrota azotó a los Inglis y éstos, para evitar el escándalo que la ruina significaba dentro de la nobleza, se trasladaron a Francia. El infortunio familiar se agudizó dos años después cuando el padre de los Inglis, profundamente deprimido por la debacle económica, falleció en El Havre. En 1831, la madre y las ocho hijas de la familia Inglis, decidieron emigrar hacia Boston. El hermano mayor había muerto en Madras y los dos hombres sobrevivientes permanecieron en Escocia, el mayor de ellos para estudiar derecho y el menor sólo temporalmente, pues se unió a la familia en Boston un año después.

En la capital de Nueva Inglaterra, las Inglis encontraron un terreno propicio para su sobrevivencia económica. Aprovechando la refinada educación que poseían, establecieron una escuela para niñas ricas. Cuatro de las Inglis, la madre Jane, Richmond, Harriet y Fanny fueron las maestras. Gracias a sus virtudes literarias, Fanny, entonces de 26 años, pronto se incorporaría al floreciente mundillo intelectual de Boston.

Boston era en esos años el centro de la actividad cultural y artística de Estados Unidos. Escritores, académicos, pintores, políticos y artistas luchaban encarnizadamente por labrarse una identidad propia y distanciarse por fin de su herencia colonial británica. La intelectualidad bostoniana se congregaba alrededor de grupos de estudio y de la revista *The North American Review*, que, surgida en 1817, pronto se convirtió en el principal órgano de difusión de los ilustrados. Entre los muchos autores que se reunían y publicaban en la revista se encontraban Edward Tyrrel Channing, Richard Henry Dana, George Ticknor, los hermanos Edward y Alexander Everett, Jared Sparks, John Golham Palfrey, George Bancroft, J.S. Gardiner, William H. Prescott, Henry W. Longfellow, Robert Lowell y Daniel Webster.

Sin embargo, *The North American Review* se orientó más hacia los estudios históricos y la crítica política que hacia sus objetivos iniciales: la creación literaria y poética. De todas maneras, la revista se convirtió en el símbolo del espíritu innovador de los inquietos intelectuales de la costa este de Estados Unidos. La *Review* no fue la única forma de aglutinar a los letrados y a tenor de la cual, paralelamente, formaron toda suerte de asociaciones para apoyarse, leerse y criticarse mutuamente.

El ambiente formado por la publicación de la revista, la relación con Prescott y los grupos de intelectuales, fueron el nicho intelectual que acogió las ambiciones literarias de Fanny. Para ella fue de hecho un espacio donde tuvo interlocutores interesados y fue, además, la continuación de lo que ella ya había iniciado en el universo de las letras en su nativo Edimburgo. Según relata Prescott, Fanny había publicado una pequeña novela, *The Offended One*, cuando era adolescente. Esta novela se encuentra actualmente extraviada y no se conoce la fecha de su publicación o el tiraje de la misma. De todas formas, Fanny nunca la mencionó. A ella también se le imputa la autoría de la mayor parte de *The Child's Own History of American Geography*, de Goodrich, editada en Boston. Tampoco este episodio ha sido probado con certeza, ni tampoco Fanny reclamó alguna vez su autoría

o intervención. Lo que sí está documentado es su participación en la elaboración de un folleto, cuya publicación causó la ira de la aristocracia bostoniana en 1833. Efectivamente, en ese año Fanny escribió, junto con un joven pretendiente llamado Parish, *Scenes at the Fair*. El panfleto, publicado anónimamente, era una abierta mofa al boato que la élite exhibía en los eventos locales. Parish asumió la sola responsabilidad del folleto pero esto no obstó para que las damas que se sintieron objeto de la burla de Fanny retiraran a sus hijas de la escuela de las Inglis y boicotearan la entrada de otras alumnas. Como consecuencia, dos de las Inglis, Richmond y Harriet, tuvieron que mudarse a Pittsburgh y allí reiniciar sus trabajos educativos. Mientras tanto, Fanny y su madre resistieron la embestida al mantenerse al frente de su escuela en Boston. Sin embargo, no soportaron mucho pues en 1837 la escuela finalmente se desmoronó. El corolario fue que Fanny y su madre decidieran cambiarse, con la escuela, a New Brighton, Staten Island.

El desafortunado episodio no fue óbice para que Fanny mantuviera su relación con los letrados locales y siguiera acudiendo a las constantes veladas literarias, a las famosas *soirées*. De su asistencia a estas reuniones surgió su relación intelectual más significativa, la relación con William H. Prescott. La vinculación de Fanny y Prescott duró prácticamente toda su vida pues el historiador y Fanny no sólo fueron colegas intelectuales, sino amigos cercanos. Fue por medio de Prescott que Fanny conoció a su esposo, Ángel Calderón de la Barca y también por su consejo e insistencia que Fanny publicó *La vida en México*.

En marzo de 1838, unos meses después de que Prescott publicara su libro en tres volúmenes *Historia del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y Dña. Isabel*, fue cuando éste conoció a Ángel Calderón de la Barca. Calderón, diplomático desde 1820, había sido nombrado por el gobierno español como su embajador en Washington en 1835. Al conocer el libro de Prescott, Calderón quedó profundamente impresionado y le propuso a su autor traducirlo al español. Tiempo después se reunieron en Nueva

York y se inició una grata vinculación intelectual. En pocos meses la correspondencia entre ambos se hizo constante y Calderón empezó a asistir a algunas de las veladas literarias del grupo Prescott en Boston. En una de sus visitas, Calderón inicia con Fanny su relación amorosa. Ella tenía 33 años y Calderón 48. En septiembre de 1838 se casaron en Nueva York. La ceremonia religiosa, realizada por un sacerdote cubano de la Iglesia de la Transfiguración, fue mixta pues Fanny era protestante y Calderón, católico. La pareja se trasladó a Washington, donde establecieron su residencia hasta octubre de 1839. En ese mes salieron para México, pues Calderón fue nombrado el primer embajador plenipotenciario de España en el México independiente y republicano.

Fanny empezó a escribir *La vida en México* el mismo día que inició su larguísima travesía de casi dos meses para llegar a Veracruz. Los Calderón salieron de Nueva York el 27 de octubre y después de una corta estadía en La Habana, llegaron al puerto el 18 de diciembre de 1839. Para pasar el tiempo a bordo escribió en su diario el acontecer cotidiano e igualmente se dedicó a leer —para saber a qué tierras se dirigía— el *Ensayo político sobre la Nueva España*, de Humboldt y las *Cartas de relación*, de Cortés. Una vez concluidas estas lecturas, en la pequeña biblioteca del navío encontró *La vida y los viajes de Cristóbal Colón*, de Washington Irving. La escocesa que hablaba, leía y escribía el español, se lamentó de no poder hallar entre el acervo de la biblioteca a Cervantes, a Lope de Vega o a Calderón de la Barca.

Fanny, en las páginas introductorias de su diario, conjetura sobre el país al que se dirige y reflexiona sobre la historia mexicana que le había relatado Prescott, pues éste ya había empezado las investigaciones preliminares para su monumental historia sobre la conquista de la Nueva España. Así, el historiador bostoniano le encomienda a los Calderón la localización de la documentación que él requería para su trabajo. También le dio a Ángel Calderón un daguerrotipo para que le sacara algunas vistas de la ciudad de México y así luego imprimirlas en la publicación, aún en proyecto.

La vida en México: una breve historia

El libro de Fanny se publicó por primera vez en Boston en diciembre de 1842 y una edición inglesa salió en Londres en enero del año siguiente.⁵ *La vida en México* se presentó como una serie de cartas que la autora dirigió a amigos y familiares. En realidad, el libro fue compuesto a partir de los diarios que Fanny llevó metódicamente durante todo el tiempo que permaneció en el país, más las cartas que, efectivamente, dirigió a las mujeres Inglis y a Prescott. De hecho, el libro contiene sólo una limitada fracción de todo el material que Fanny llegó a escribir. Es precisamente gracias a la extensa investigación que realizaron Marion y Howard Fisher, arriba mencionados, que se conoce gran parte de los escritos de la autora escocesa que quedaron fuera de su edición original. De hecho, el libro de los Fisher es la más amplia investigación hecha hasta ahora sobre *La vida en México*, pues los autores se abocaron durante veinticinco años a rastrear el paradero de los diarios y cartas y a hacerles detalladas anotaciones.

La colección epistolar que se presenta en el libro no cubre día tras día las impresiones de Fanny, tal como ella lo hacía en sus diarios. La única correspondencia cronológica que sí se guarda es la de su primera y última carta, que corresponden al 27 de octubre de 1839, día en que abandona Nueva York hacia México, y al 29 de abril de 1842, día en que llega de nuevo a esta ciudad.

En las cartas introductorias, Fanny relató la crónica diaria a bordo del barco. Estas narraciones son las impresiones —en ocasiones cáusticas y en ocasiones poéticas— que le causaba el paisaje marino. La agudeza con que Fanny describió su entorno no se orientó hacia ella misma, ya que no fue una escritora intimista; fue una gran observadora, perspicaz en sus apreciaciones tanto de los individuos como del ambiente social que tan hábilmente pormenorizó en sus descripciones de México. Difícilmente existe en la escritora la autorreflexión o la expresión sentimental; en ningún momento, por ejemplo, detalla su relación con Calderón. Sus notas sobre

su esposo o sobre ella misma son por demás escasas en sus diarios.

Fanny fue sin duda una crítica aguda. Es precisamente en las páginas iniciales de su diario donde ella ensaya la ironía y la mordacidad, que serán la tónica de su estilo narrativo a la hora de describir a tantos de los personajes de la política mexicana. Siempre encontraremos, asimismo, censura y disgusto por el aspecto físico y los modales exhibidos por algunos de los mexicanos, aunque el blanco favorito de sus reproches serán las mujeres. Sin embargo, a lo largo de su obra la autora va depurando estos rasgos y adquiere, hacia el final, dimensiones de una finura peculiar y excelsa.

Después de dos semanas tediosas en alta mar, los Calderón llegaron a La Habana y en la capital cubana fueron recibidos con toda la pompa de la circunstancia. Después de todo, ellos eran los primeros diplomáticos españoles oficiales enviados a México y Cuba era todavía “la joya más preciada de la corona española”. En Cuba la autora tiene el primer encuentro con el trópico y el contraste con Nueva Inglaterra le resultó brutal: “El cambio súbito del mundo Yanqui a esta tierra militarista, monjil y negroide es verdaderamente sombrío.”⁶ La vista de El Morro y la belleza de la ciudad frente a la bahía la fascinó, pero no así la ciudad, ni su olor o sus pobladores. La Habana le pareció sucia, sofocante y apestosa a ajo y aceite.

Los Calderón permanecieron en La Habana durante doce días y se dedicaron a recorrer el centro y los alrededores de la ciudad en medio de constantes festejos ofrecidos por la aristocracia habanera: cenas, bailes de gran gala, funciones de teatro y ópera. A Fanny, la ostentación de la aristocracia isleña le resultó caricaturesca y ridículamente frívola: “Condes, marqueses, generales con toda clase de condecoraciones, olandes de encaje, broches de diamantes, estrellas de rubí, dedos cubiertos de anillos, etcétera.”⁷ La suntuosidad exhibida por la aristocracia cubana le parecía directamente proporcional a su incultura, vulgaridad y solemnidad irritante. De sus visitas a las diversas casas de comerciantes, hacendados y funcionarios gubernamentales resumió:

Primero, en ningún lugar vi a un caballero [...] Segundo, nunca vi a una dama atareada. Nunca vi trabajos o libros o nada [...] Como muestra de su indolencia, en una velada corta y triste se ve a las damas realmente rígidas, obviamente con corsés, medias de seda y finos vestidos. Lejos de sus cigarros y esclavos.⁸

Además de su disgusto por las extravagancias de la élite cubana, a Fanny le desagradaron profundamente las mezclas raciales que observó en ella. Pero su molestia se debió, más que nada, a la evidente tolerancia o aceptación velada que la élite mostraba hacia esta situación. Al respecto y sin ninguna contemplación escribió sobre sus anfitriones:

La abuela [de la señora Hechavarría] era una negra lanuda —se dice que en la isla no hay más de tres o cuatro familias de *sang pur*— entre ellas se supone a las familias de Fernandina, la marquesa de Arcos y la del Intendente —él es de la raza proscrita. Sin embargo, esto no es, como en Estados Unidos, una desgracia.⁹

No es sorprendente, después de estas líneas, lo que Fanny escribió sobre los esclavos que vio en las mansiones habaneras. Para ellos, la escritora escocesa reservó lo mejor de su desdén al presentarlos como apestosos, taimados e indolentes sujetos y compararlos con monos juveniles.¹⁰ Hay que señalar que la versión original del libro contiene muy poco de los desafueros de Fanny sobre La Habana. Lo que sí se incluyó fue el párrafo en el que se excusa por haber visto tan poco de la isla como para formarse un juicio certero sobre el país y sus habitantes.¹¹

La llegada de los Calderón a Veracruz el 18 de diciembre de 1839 no revistió el despliegue fastuoso de La Habana pero tampoco desmereció la pompa de las autoridades del puerto. Entre los personajes notables en la recepción se encontraba Guadalupe Victoria. Fanny no perdió oportunidad y se refirió al primer presidente republicano como un ladino aburrido sin el don de la oratoria. En Veracruz la formalidad

reemplazó al alarde habanero, pero como nota particular hay que mencionar que la curiosidad popular estuvo presente. La masa a la que Fanny aludió como “una multitud de harapos” acompañó al carruaje de los Calderón hasta su hospedaje en la mansión del rico comerciante español José Dionisio Velasco.

Veracruz no fue del parecer de Fanny, aunque le concedió a la ciudad el ser más limpia y atractiva que La Habana. Al igual que la ciudad cubana, en Veracruz se ofrecieron toda suerte de agasajos a los embajadores. No obstante, rápidamente empezó a disgustarse con los rigores del golfo: el calor y los mosquitos. También le molestó la comida basada en pescado y condimentada con chile. De los cinco días que permaneció en Veracruz ninguno le gustó, y escribió, evidentemente irritada:

No creo que haya nada en el mundo que me induzca a vivir aquí. Cuando más veo, más me convengo del hecho de que entre más nos alejamos de la civilización, menos felices somos. Vivir entre gente con la que a pesar de su amabilidad, no se tiene ni un solo pensamiento en común debe ser melancólico. Para una persona criada en Inglaterra y acostumbrada a la sociedad europea, un lugar donde no hay rastro de libro alguno —donde las mujeres se la pasan en la total apatía, donde fumar es una holgazanería sin gracia y donde no se encuentra tema alguno de conversación causa una desazón inigualable. Debe ser tan desconsolador como afincarse en las vecinas colinas rojas de la tristeza.¹²

El día 22 de diciembre salieron de Veracruz con rumbo a la ciudad de México. El siguiente alto en el camino fue su visita obligada a Antonio López de Santa Anna en Manga de Clavo. De hecho, las cartas credenciales de Calderón estaban dirigidas a Santa Anna. El diplomático decidió que era preferible presentar sus respetos a Santa Anna, pues sabía que seguramente éste regresaría a Palacio Nacional, en cuyo caso era mejor estar a bien con el general. En Manga de Clavo, Fanny no perdió detalle del

general y su familia. Primero pasó revista a la señora de Santa Anna e hija.

Madame la Generala, la señora de Santa Anna [Inés de la Paz García]. Figúrese usted a una mujer alta, delgada y fea que a la temprana hora de las 6 de la mañana está vestida, para recibirnos, con un vestido de ligera muselina blanca con bordados, medias de seda y zapatos de satín, una capa clara cubierta de flores azules. Un par de espléndidos aretes y un magnífico broche de diamantes. Un anillo, también de diamantes, del tamaño de un pequeño reloj, en cada dedo. Ella es muy cortés y nos presentó a su hija la señorita Guadalupe Santa Anna, una miniatura de su mamá en todos los aspectos —vestido, facciones, zapatos de satín—, sólo que usaba corales en lugar de diamantes y flores rosas en lugar de azules.¹³

A continuación Fanny refirió sus impresiones sobre el general, quien convalecía en Manga de Clavo de una de sus múltiples enfermedades y descansaba temporalmente de la silla presidencial. Inicialmente le vio atractivo, caballero, vestido decorosamente y con un cierto aire de melancolía. Un individuo sobre el que

no sabiendo nada de su pasado, una pudiera pensar que era un filósofo viviendo un retiro digno —un hombre que ha experimentado el mundo y concluido que en éste no había sino vanidad, que ha sufrido la ingratitud y que, si fuere persuadido para abandonar su voluntario refugio, sólo lo haría para beneficiar a su país...

Pero lo que nunca apareció impreso, ni en el libro ni en la traducción española, fue

...esa expresión [del general] es el semblante de los taimados, de los profundamente ambiciosos, de los más intrigantes y de los más peligrosos estadistas que yo haya visto. Tienen un algo que podría persuadir a la multitud de que ellos se encuen-

tran por encima de todo y que se involucran en los avatares de la política para beneficiar a los demás...

Más adelante Fanny concluyó sobre Santa Anna

...[el general] es probablemente uno de los peores hombres en el mundo, ambicioso por el poder, codicioso por el dinero y sin principios, un hombre que ha adornado su nido a expensas de la república y que sin duda espera en su solemne retiro el momento adecuado para ponerse al frente de otra revolución.¹⁴

Si las anteriores fueron las primeras observaciones de Fanny sobre el general, jamás cambió su parecer sobre Santa Anna, pues éste siempre le causó un profundo desagrado y se refirió a él despreciativamente como El Cojo. No obstante, todas las observaciones no pertenecían a la escritora escocesa ya que presentó algunas citas basándose en las caracterizaciones que de los políticos del momento hizo Lorenzo de Zavala en su *Ensayo histórico de las revoluciones de México* aparecido en 1831. También es necesario añadir que es probable que la autora haya refinado posteriormente sus comentarios sobre Santa Anna, pues le tocó vivir en la ciudad de México los pronunciamientos de 1840 y 1841 en los que el "indispensable" fue el principal protagonista.

El desagrado de Fanny por la familia Santa Anna, aparentemente no fue muy notorio, ya que ésta atendió a los Calderón con toda la afabilidad posible. Es más, la cortesía de Santa Anna fue muy palpable pues les proporcionó a los Calderón una diligencia, una escolta oficial de seis dragones y un conductor norteamericano para continuar el viaje. A pesar de las facilidades, excepcionales para la agonía que significaba el viaje de Veracruz a México, Fanny no dejó de quejarse y lamentarse durante todo el trayecto del calor, el polvo, el frío, la comida, el sol y los hospedajes. Por eso consideró que su viaje había sido equivalente o superior al periplo de Odiseo.

La escritora vertió en su diario todo el fastidio por los inconvenientes del viaje e igualmente se dedicó a retratar al detalle el paisaje, a contabilizar las distancias y tiempos entre los poblados, a describir la flora, a referir los cambios del clima respecto de las diferentes altitudes y a delinear el trazo, apariencia y arquitectura de los pueblos en el camino. Igualmente pormenorizó las características físicas de los vecinos y su vestuario. Lo mismo hizo sobre las autoridades y los acomodados hacendados y comerciantes que los agasajaban al llegar a los pueblos y ciudades. Lo minucioso del itinerario trazado es probablemente la razón por la cual se menciona que su libro sirvió como guía a las fuerzas invasoras del general Winfield Scott, que en 1847 realizaron el mismo recorrido.¹⁵

De los pueblos que tocó en el camino, sólo Jalapa mereció su real admiración. El trazo de Jalapa le pareció pintoresco, el clima templado y agradable y el ambiente social adecuado para su gusto. De Puebla, en cambio, tuvo poco que apreciar, salvo el traje de china poblana del cual se enamoró. Su fascinación por esa indumentaria le acarrearía problemas a tan sólo un mes de su llegada al país. Entonces Fanny tuvo que soportar la indignación de la afrancesada élite de la ciudad de México cuando intentó ir vestida de china poblana a un lujoso baile de disfraces. Al conocer las intenciones de Fanny, las damas se levantaron airadas en contra de su deseo y movilizaron a sus consortes —desde el presidente hasta el secretario de Guerra— para impedir que la embajadora usara el hermoso traje que le habían regalado algunos días antes. Las damas y los hombres del poder juzgaban el traje plebeyo y contrario a las normas mínimas de la etiqueta de la alta sociedad. Para esta élite, las chinas poblanas eran unas vulgares campesinas, *femmes de rien* y mujeres... un término obviamente altisonante que no se atrevieron, ni ellos ni Fanny, a escribir.¹⁶ Todo este escándalo le causó un gran asombro a la escritora, que sólo veía la belleza de un traje regional.

Cuando los Calderón llegaron a la ciudad de México, el 25 de diciembre de 1839, fueron recibidos por una extraordinaria multitud en las afueras de la ciudad. La apariencia de la muche-

dumbre causó el estupor de Fanny, que describió al gentío como una extraña amalgama de ricos caballeros montados en caballos adornados por arreos de plata, damas elegantemente ataviadas viajando en calesas y junto a ellos los miles de léperos capitalinos, color de bronce, sucios y desarrapados.

Una vez establecida en la ciudad de México, la embajadora inició una ajetreada vida social y una incesante actividad turística. Su estatus diplomático le permitía entrar a casi todos los lugares y visitar o ser visitada ella misma por los miembros más sobresalientes de la élite criolla. Caminó por las calles principales de la ciudad, escudriñó a conciencia los acervos del Museo Nacional, visitó el Palacio Nacional, asistió a misa en la Catedral, recorrió el bosque de Chapultepec, vivió —por algunos días— en la Casa de Moneda, navegó por las chinampas de La Viga, excursionó por Tacubaya y Xochimilco y después fijó su residencia en San Ángel. Posteriormente se aventuró aún más lejos en el valle y se dirigió a la Tierra Caliente. En Cuernavaca examinó al detalle el Palacio de Cortés para describírselo minuciosamente a Prescott. Recorrió el ingenio azucarero de la hacienda de Atlacomulco y exploró las cuevas de Cacahuamilpa. Fanny escaló la zona boscosa en las faldas del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl e inspeccionó las zonas arqueológicas de Tula y San Juan Teotihuacán. Fue huésped de los condes de Regla en el distrito minero de Real de Monte y conoció el proceso de extracción y elaboración del pulque en las áreas circunvecinas. Asistió a las fiestas en San Agustín de las Cuevas; allí vio los juegos de lotería, el popular monte y asistió a las peleas de gallos. Fue a las corridas de toros y a las famosas coleadas, eventos que consideró brutales y repulsivos. Más adelante, y justo antes de abandonar el país, viajó a Querétaro y Michoacán.

El recuento de todas estas excursiones lo incluyó en su diario, y lo acompañó con concisas reseñas históricas de los lugares y breves biografías de los personajes que conoció en cada uno de ellos. Este trabajo la llevó a reflexionar sobre el significado de esa historia y concluir:

Aquí, todo nos recuerda el pasado. A los conquistadores españoles que parecen haber construido para la eternidad cincelandando en cada trabajo el carácter férreo, formalista y religioso de los triunfos del catolicismo y de los días del poder papal. De los indios cuando Cortés los desconcertó sacándolos de su apacible vida al enfrentárseles como la confirmación de una profecía casi olvidada. Es más bien el presente el que parece un sueño, un pálido reflejo del pasado. Todo decae y languidece mientras los hombres se acogen y confían en un futuro incierto, un futuro que probablemente nunca verán.¹⁷

Fanny Inglis fue una escritora diestra y le agradaba entrelazar y fundamentar sus observaciones con los textos de otros escritores. Incluyó citas sobre México escritas por Humboldt, Ward y Robertson. También aludió a Shakespeare, Scott y rememoró los poemas de Coleridge y Longfellow. Igualmente se sirvió de los escritores mexicanos y la prensa, Carlos María de Bustamante, Lucas Alamán, Lorenzo de Zavala, Manuel Sánchez de Tagle, Manuel Eduardo de Gorostiza y Andrés Quintana Roo, entre otros. Fanny tradujo libremente conversaciones, discursos, extractos de artículos periodísticos, folletos, dichos y canciones populares. De estas últimas transcribió la partitura musical y algunos de sus versos. A pesar de considerar las letras de las canciones un "tejido de absurdos", la música le pareció increíblemente bella y suave, especialmente la de los bailes aforrados, palomos, enanos, jarabes y zapateros.¹⁸ También entretejió en sus relatos anécdotas, cuentos, poemas y leyendas populares que le fueron narradas por sus acompañantes y anfitriones durante sus viajes. Particularmente le atrajeron las historias que circulaban en las sobremesas y en los altos de sus recorridos sobre los bandidos que asaltaban a los incautos transeúntes en los caminos.

La escritora escocesa fue una implacable juez de las personalidades con las que se codeaba en las reuniones oficiales y en los acontecimientos sociales en los que generalmente era invitada

de honor. La casta dirigente mexicana nunca fue de su total agrado y describió agriamente sus extravagancias y vicios. No obstante, reconoció cualidades en una larga lista de hombres notables que elaboró para enviársela a su hermano Harry, ya que éste le había preguntado sobre la existencia de hombres ilustres en la nación. Entre la nómina de los destacados Fanny incluyó a Eduardo Gorostiza, José María Gómez de la Cortina, Andrés Quintana Roo, Juan Nepomuceno Almonte, Francisco Tagle, Juan de Dios Cañedo, Felipe Neri del Barrio, José María Gutiérrez Estrada, José María Romero de Terreros, Lucas Alamán, Anastasio Bustamante, Antonio López de Santa Anna y Guadalupe Victoria. Para ella lo sobresaliente de estos hombres, exceptuando a los tres últimos, era su educación, civismo, honradez y sobre todo el que fueran hombres de letras. Según ella, si la mayoría de estos hombres eran virtuosos, se lo debían a dos hechos ejemplares en su vida. Primero, habían cumplido cabalmente con sus trabajos públicos y se habían alejado de éstos una vez que habían constatado su futilidad. De tal manera, en el retiro y al amparo familiar, se habían consagrado al fomento de su verdadera vocación: las letras. Segundo y fundamental para la observadora escritora es que estos individuos se habían casado con mujeres que eran sus iguales o superiores, quizá no en educación pero sí en "bondad, exaltación moral y talento natural".¹⁹

Si a los notables caballeros de la élite nacional Fanny les adjudicó juicios favorables, las mujeres no fueron tan afortunadas. Es más, las mujeres mexicanas nunca satisficieron los exigentes gustos de la escritora ni incluso aquellas que llegó a considerar como amigas. Entre ellas, la famosa Güera Rodríguez se llevó probablemente una de las peores mofas de Fanny. Ella había leído en el *Ensayo* de Humboldt la fascinación del prusiano por la belleza de la Güera, pero la escritora consideró que ésta, en realidad,

debió de ser bonita más que bella, alegre e ingeniosa pero con mucho colorete y demasiadas arrugas. Aún sus labios están pin-

tados de rojo y parece como una poblana, que según el parecer de Calderón, que es un conocedor, son mujeres de ningún valer. No hay duda de que aún mantiene algunos rastros de su antigua belleza pero tiene demasiadas pretensiones de lindura y vivacidad.²⁰

Es más, Fanny se aventuró a afirmar que Humboldt había sido víctima de los coqueteos de "una de las enrebozadas mexicanas" y que la aseveración del científico de que la Güera era una Madame de Staël occidental era una verdadera aberración.

La Güera es sólo un ejemplo, pues la descripción de las mujeres mexicanas fue un tema recurrente y casi obsesivo de Fanny. Ella era hábil para la ironía y hacía gala de este atributo al calificar a las mujeres, ya que a su parecer no tenían cualidades adecuadas ni virtudes suficientes. Siempre tenían algún defecto físico, cultural o moral. Por supuesto que ninguna mexicana alcanzaba la cúspide de su modeló: la mujer inglesa y la norteamericana de la costa noreste. Sobre las mexicanas los peros fueron las preposiciones favoritas de Fanny. Así, si las mexicanas eran por alguna causa atractivas, también eran indolentes; si lindas, tal vez gordas; si educadas, porque se habían instruido en Europa; si ricas, entonces ostentosas y vulgares. Fanny juzgaba repugnantes los hábitos del cigarrito y su afición por los juegos de naipes, y creía que las mexicanas eran excesivamente coquetas o extremadamente pasivas. Las funciones teatrales, la ópera y los bailes fueron las ocasiones predilectas para su afilada crítica hacia las mujeres. Esta obsesión de la escritora se observa en su diario, en el que dedicó toda la carta veintitrés a las mujeres, a pesar de que a lo largo del texto constantemente se refirió a ellas.

A pesar del antagonismo de Fanny hacia las mexicanas, con el paso del tiempo llegó a reconocer en ellas amabilidad, belleza, talento e ingenio. Lo mismo le pasó con el pulque, que inicialmente consideró repugnante y finalmente lo describió como una excelente y refrescante bebida. De igual manera cedió ante la sazón de

los guisos veracruzanos, los frijoles y las tortillas, que originalmente había considerado detestables.

La constante actividad social de la embajadora la llevó a figonear en el interior de las familias de la élite, a observar su composición e interrelaciones. Con perspicacia supo describir una de las características sobresalientes del clan patriarcal de las clases altas.

Los hijos e hijas casados [...] siempre permanecen como niños pequeños [...] la sección de los casados continúa viviendo en la residencia paterna, formando una especie de minúscula colonia viviendo en la más perfecta armonía. No pueden tolerar la idea de separarse y nada, salvo la fatal necesidad, los obliga a dejar el hogar paterno.²¹

Igualmente, como lo había notado en Cuba, en México también observó los matrimonios entre parientes.

La observadora escritora no pudo pasar por alto el tema de la servidumbre, a la que dedicó considerable atención. Este asunto no era de su exclusiva preocupación, pues era conversación obligada de las anfitrionas en sus múltiples visitas, "En toda la república de México hay un motivo de constante queja en las familias de la mejor clase: los nefastos sirvientes."²² Para la escocesa los sirvientes, como miembros de las clases bajas a las que ella denominaba como "gentuza mexicana", eran perezosos, rateros y borrachos. Como si fuera poco, además eran rebeldes y contestones, especialmente las sirvientas, a las que consideraba prácticamente ingobernables.

Respecto a los indios, la escritora diferenció a los que veía en las calles de la ciudad de México de aquellos que contempló en sus viajes fuera de la urbe. Los que deambulaban por las calles de la capital eran los vulgares y apáticos léperos a los que consideraba descendientes degradados de los sometidos por los conquistadores al mando de Cortés. Eran pues muy distintos de los que habitaban en provincia, pues a éstos los vio guapos, afables y limpios. Fanny

copió de Humboldt los cálculos demográficos sobre la población indígena, su listado sobre las castas y reordenó algunos de los juicios del científico. Sólo añadió: "Ciertamente su condición no ha mejorado como consecuencia de la independencia. Siguen tan pobres, tan ignorantes y tan envilecidos como lo eran en 1808..."²³

La religiosidad popular, las fiestas y procesiones fueron también del interés de Fanny. Ella asistió a la ceremonia de consagración del primer arzobispo mexicano después de la independencia. Visitó santuarios, iglesias, conventos. Dio cuenta del fervor popular por los santos y destacó la devoción por las vírgenes de Guadalupe y de los Remedios. Bien informada como estaba, no omitió la mención acerca de que las dos se habían enfrentado durante la contienda revolucionaria al ser símbolos de los bandos opuestos. Fanny era una protestante contumaz y, como tal, era hostil al evidente influjo del catolicismo y de los curas en la población por considerarlo contrario al espíritu ilustrado y racional.

La curiosidad de la autora fue superior a su reticencia por la religiosidad católica. Le fascinaron los conventos y trabó amistad con algunas de las monjas que conoció en la ciudad de México. Los conventos de Nuestra Señora de la Encarnación y de Santa Teresa fueron sus favoritos. Especialmente este último, ya que allí profesaba la madre Adalid, que fue su amiga. También asistió a las fastuosas ceremonias de toma de los hábitos de algunas novicias. El esplendor del ritual no sólo la sorprendió, sino que le hizo reflexionar negativamente sobre la confinación que significaba la vida monástica para las mujeres jóvenes. Inicialmente atribuyó la decisión de las novicias a que "probablemente nunca vio a hombre alguno y conversado con ninguno, excepto con sus hermanos, tíos o el confesor. También es posible que ella resintiera los problemas del ambiente familiar mexicano: la sociedad de hombres".²⁴ Juzgó que la reclusión, "la calma y el sombrío retiro son para los viejos desvalidos y desprotegidos y no para los jóvenes en la flor de la vida".²⁵ Paradójicamente, años más tarde, después de su regreso a Estados Unidos, ella se convertiría al catolicismo y lo ejercería devotamente hasta su muer-

te. Igualmente, una vez viuda se recluyó temporalmente en un convento francés.

Fanny Inglis poseía un inagotable afán por conocerlo todo, lo que le hizo deambular incansablemente por los lugares más recónditos de la ciudad de México. Después de un año y medio de residencia podía ufanarse de que ningún rincón ciudadano le era extraño. Entonces se dedicó a incluir en sus correrías los sitios hasta entonces poco frecuentados por los extranjeros. Así, visitó la cárcel de La Acordada, la Casa de Cuna, la escuela de las Vizcaínas, los hospitales de San Juan de Dios y el de Jesús, el sanatorio de San Hipólito y el establecimiento para enfermedades mentales en la calle de Canoa.

La agudeza de las reflexiones políticas de Fanny es probablemente uno de los aspectos que realzan y redondean *La vida en México*. Si bien estas reflexiones se encuentran a todo lo largo de sus diarios, una vez que asienta su residencia en San Ángel en 1841 es cuando se concentra en el tema, reacomoda sus anteriores opiniones y construye un extenso texto sobre el particular. El balance lo realiza después de haber sido testigo presencial del pronunciamiento de julio de 1840 y del de septiembre de 1841. Pero sobre todo, la recapitulación la elabora a partir del conocimiento cercano que tenía de los hombres en el poder y de la información que obtenía, en salas y convivios, a través de murmuraciones e intrigas. Así resume, en pocos párrafos, los males de México:

Aquí en México no hay un pueblo ni tampoco existe un país donde haya más diferencias entre las clases que en esta automodelada república. Un gobierno ha sido abandonado y no hay ninguno para reemplazarlo; una revolución sigue a otra y sin embargo el remedio no se encuentra.

No obstante, [los mexicanos] siguen soñando y se parecen a los judíos que esperan a un mesías providencial. Deben de cuidarse. Algún día, cuando hayan seguido soñando —puede haber transcurrido medio siglo— despertarán bruscamente y podrán encontrarse con que su Catedral se ha convertido en una gigantesca sala de

convenciones, toda pintada de blanco —las balastradas derretidas y la plata convertida en dólares—, las perlas de la Virgen vendidas al mejor postor—, el piso lavado —lo que dicho sea de paso requiere— y, probablemente con todo y todo encontrarán una bella talla en madera, pintada de un fresco verde. Y todo esto será hecho por algunos de los artistas de la vigilante república del lejano norte.²⁶

[...]

El mal empieza con el gobierno y se disemina hacia abajo. Los más flagrantes abusos se cometen, bien sea por apatía o por corrupción, pues lo uno lleva a lo otro. Un presidente que no tiene tiempo o siquiera la oportunidad para mejorar el estado de una nación, cuyo gobierno se le encomendó, convierte el breve periodo de su autoridad en disfrute personal y en futuras ganancias. La bien conocida honestidad del presidente actual lo debería colocar por encima de esos reproches, pero él está incapacitado por su propia mansedumbre y por la fuerza de las actuales circunstancias para tomar las medidas conducentes para mejorar la actual condición precaria del país.

Algunos oficiales no son más que ladrones militares, hombres de circunstancias que se han erguido sobre las ruinas de alguna revolución militar, soldados de fortunas, salidos de la tropa y enriquecidos por el azar o el saqueo. ¿Son estos hombres el material del cual se pueden formar patriotas que tienen en el corazón el bien de su país? Tales circunstancias pueden formar a un Iturbide, pero nunca a un Washington. Sacerdotes, que deberían estar dedicados a las obligaciones de su sagrada vocación, están sentados en el Congreso, forman parte en los debates y se entrometen en política...²⁷

La evaluación realizada por la escritora es sin duda producto de su sagacidad, pero también refleja a una Fanny distinta de la que desembarcó en Veracruz en 1839. No hay duda de

que su constante contacto con la sociedad mexicana y las amistades que llegó a hacer suavizaron su severa mirada, pues los párrafos precedentes y los escritos que siguen (los capítulos finales de sus diarios) demuestran una viva preocupación por una sociedad y un país que, a pesar de sí misma, llegó a estimar.

Esto es así puesto que la narración del último viaje de los Calderón por Michoacán es más emotiva y mucho menos intolerante en sus juicios sobre los mexicanos del camino. En Pátzcuaro, Morelia y Uruapan, la escritora se dedicó más a resaltar las bellezas naturales y la generosidad de sus anfitriones que a inventariar yerros y vicios.

Al cerrar su última carta en la ciudad de México, el 28 de diciembre de 1841, Fanny aparece no sólo blanda sino aun nostálgica:

Debo ahora concluir mi última carta escrita desde este lugar, ya que estamos rodeados —día y noche— de amigos y conocidos. Para ser sincera, sólo la expectativa de regresar a nuestra familia es lo único que puede compensar la auténtica pesadumbre que sentimos por dejar a nuestros amigos en México.²⁸

Antes de embarcarse en Veracruz reflexionó sobre sí misma

...en las bagatelas como en las situaciones sustanciales, ¡cómo es necesario que un viajero compare sus juicios en diferentes momentos y que los corrija! Las primeras impresiones son muy importantes si se presentan como tales; pero si se exponen como conclusivas, ¡qué tan propensos están a equivocarse! Es como juzgar a los individuos por su fisonomía y por sus modales, sin haberse tomado el tiempo de estudiar su carácter. Todos hacemos esto de una manera u otra, pero ¡cuántas veces nos engañamos!²⁹

Es probable que la escritora haya pensado mucho en estas últimas frases antes de preparar su libro para la publicación.

Los Calderón abandonaron México el 18 de enero de 1842; pasaron por Tampico y después de otra breve estancia en La Habana llegaron a Nueva York el 29 de abril de ese año. La última entrada del diario de Fanny es de ese día.

La tempestad: la publicación de *La vida en México*

Los diarios de Fanny y sus cartas sufrieron una gran metamorfosis antes de convertirse en la versión que entregó a los editores norteamericanos de su libro, Little and Brown. Probablemente fue su notoria vehemencia crítica la que la llevó a editar gran parte de sus intransigentes y desdenosos juicios de la versión original de su diario. La modificación evidente para el lector fue la estrategia de encubrir los nombres de sus personajes utilizando espacios en blanco precedidos por iniciales. El ocultamiento de las identidades, la escritora lo inició al disimular su propio nombre. Sin embargo, su pretensión fue, además de fallida, elemental. Por lo menos en México, el nombre de la autora como Madame C de la B, que apareció en la primera página, era una obviedad, y por lo que hace al círculo intelectual norteamericano e inglés que rodeó la publicación del libro, todos sabían quién era la autora. Prescott se había encargado de difundirlo entre amistades y conocidos, además de revelar la identidad de su protegida en la presentación del libro en la *North American Review*.

La edición de sus propios escritos y las sugerencias de Prescott, sin duda, fueron la columna vertebral sobre la que se construyó el libro que salió al público de Boston en diciembre de 1842, a pesar de que el pie de imprenta refería 1843 como año de publicación. En el prólogo, Prescott escribió: "...por increíble que parezca nunca se tuvo la intención de publicar las cartas".³⁰

De hecho, desde su regreso a Estados Unidos Prescott urgió a Fanny para que formara un texto paralelo al suyo, que ya estaba próximo a concluirse. En agosto de 1842 Prescott escribió a Charles Dickens pidiéndole que se hiciera responsable de la publicación inglesa de *La vida en*

México; presentaba a la autora y al libro en los siguientes términos:

Una amiga mía, madame Calderón de la Barca, está por publicar un relato de su residencia en México y en Cuba en una serie de cartas dirigidas a diferentes amigos. En parte, ella hace esto por mi consejo. Ella es una mujer de mucho talento y sus descripciones de este pintoresco país son sumamente vivas, ya que ella tuvo la oportunidad de observarlo muy cercanamente. De tal manera yo le urgí para que recogiera sus cartas dispersas y las publicara. Ella piensa que pueden conformar dos volúmenes.

Los ingleses y los americanos que visitan estos países tienen poca afinidad con los españoles y por ello tienen muy pocas oportunidades para introducirse en la intimidad de su vida social. Madame Calderón ha maximizado esas oportunidades excelentemente y sus cartas son las de una española que escribe en inglés. Para finalizar mi historia, el favor que le estoy pidiendo es que usted me permita enviarle el manuscrito para que lo ofrezca a un impresor londinense responsable que lo publique en los mejores términos que él pueda proponer, y así aparezca publicado simultáneamente con la edición de esta ciudad, que probablemente se dé en enero o febrero próximos. Yo me encargaré de que el porteo no le cueste...³¹

Cuando, efectivamente, dos meses más tarde Prescott envió el manuscrito a Dickens, en la carta que lo acompañó le informaba que su prólogo serviría de estrategia promocional al libro de Fanny. El nombre de Prescott ya era para entonces no sólo un aval académico, sino la casi seguridad de éxito en el mundo literario norteamericano. Igualmente, los lauros recibidos en Europa por el primer trabajo del historiador bostoniano apuntalarían el mercado para *La vida en México*. Aún más, Prescott fomentó el trabajo de Fanny entre su enorme red de amigos y conocidos. Al mismo tiempo hizo una ex-

tensa reseña laudatoria del libro en la prestigiosa *North American Review* de enero de 1843. En su reseña, Prescott no sólo elogió a Fanny por su capacidad narrativa, sino que consideró al libro como la mayor contribución al conocimiento puntual del país después de Humboldt. El valor del trabajo, según Prescott, residía en que ella había sido capaz, a diferencia de la mayoría de los relatos de viajeros, de interiorizarse en

los mecanismos íntimos de su sociedad, en sus simpatías secretas y en los modos familiares de pensar y de sentir [...] Por ello, podemos asegurar que el relato es una descripción diligente de la sociedad —una sociedad única que no se parece a ninguna otra en el viejo o el nuevo continente— porque presenta una narración y anécdotas y por la fascinante elegancia de su estilo, de allí que ningún libro de viajeros es comparable a *La vida en México*.³²

Prescott envió el manuscrito a Dickens no sólo porque estimaba profundamente a su autora, sino también porque le estaba agradecido por la ayuda que ella y Calderón le habían dado en la recopilación de materiales para su trabajo sobre la conquista de México. Fanny le proporcionó descripciones detalladas sobre lugares, clima, flora, fauna, edificios, vestimentas, fisonomías, colores, sabores, olores, chismes y disposiciones culturales que le fueron de gran utilidad para animar la propia narrativa del historiador. Por su parte, Calderón vinculó desde Washington a Prescott con Martín Fernández de Navarrete, el entonces presidente de la Real Academia de Historia Española y con Tomás González, director del Archivo de Simancas. En México, Calderón relacionó a Prescott con Lucas Alamán, Eduardo de Gorostiza y José Gómez de la Cortina. Fueron estos hombres los que localizaron, copiaron y enviaron a Boston los miles de documentos sobre los que el historiador basó su trabajo. Prescott también reconoció, en el trabajo de Fanny, el trasfondo sociocultural inigualable para enriquecer la narrativa histórica.

Para ser sincero, por valiosos que sean los documentos oficiales tales como los tratados, instrucciones a los ministros, etcétera, yo le doy todavía más valor a aquellas cartas, diarios y correspondencia doméstica que nos hablan sobre las personalidades y los hábitos de los grandes actores del drama. El primer tipo de documentos nos proporciona los contornos fríos, pero los últimos nos proveen el alma y el colorido cálido de la historia, todo lo que otorga su encanto e interés.³³

Más allá de su aprecio por este tipo de narrativa, Prescott profesaba una gran admiración por el estilo epistolar de las mujeres, a las que consideraba “las mejores escritoras de cartas en el mundo”.³⁴

La vida en México recibió no sólo los honores de Prescott. La revista *The United States Magazine and Democratic Review* publicó casi simultáneamente otra elogiosa reseña. En ésta no sólo se felicitaba a la autora por la meticulosidad de su trabajo y el ingenio que en él exhibía sino que también se reconocía en el libro la posibilidad de reformar las opiniones menos indulgentes de los norteamericanos sobre los mexicanos: “...en la medida en que lo leamos, tenderemos a disipar muchos de los errores que poseemos respecto a nuestros vecinos mexicanos y los poco generosos hábitos de subestimarlos. Igualmente, aumentaremos nuestro respeto por ellos”.³⁵

Pero si el libro fue recibido con simpatía por el público norteamericano, cuando la casa editora londinense Chapman & Hill publicó el primer volumen, los críticos ingleses no fueron tan entusiastas. Las opiniones se dividieron entre los que evaluaron el libro positivamente y los que consideraron que tenía defectos inaceptables. Muchas de las reseñas laudatorias señalaron a *La vida en México* como un texto informativo, entretenido, y a su autora como una talentosa escritora. Entre los que reprobaron el trabajo destacan los que señalaron la estrategia de ocultar los nombres de los personajes como un recurso cabalístico y anodino. Igualmente consideraron la narrativa, si bien pinto-

resca, un tanto frívola. Aún más, uno de los críticos llegó a señalar que el libro era un timo editorial y el autor un francés creador de un viaje imaginario.³⁶ Entre las críticas más severas que Fanny recibió fue la publicada en 1845 por el *Quarterly Review*, que la acusó de anti-inglesa, pro-católica y de poseer “una mente tropical”, todo ello a pesar de elogiar el incisivo estilo narrativo de la autora.³⁷

Es difícil saber si Fanny tuvo conocimiento de todas estas críticas. La única observación que ella hizo sobre su trabajo fue la mención del incumplimiento, por parte de las editoriales, del pago acordado por la venta del libro.³⁸ En realidad Chapman and Hall nunca le pagó a la autora, a pesar de que el libro se vendió bastante bien.³⁹

La recepción a *La vida en México* por parte de la crítica mexicana fue un asunto diferente e incandescente. El libro suscitó una encendida polémica y la ira de aquellos que se leyeron injuriados por Fanny. La controversia se inició cuando los primeros ejemplares llegaron a manos de algunos letrados y componentes de la élite, pocos meses después de su publicación. Es probable que muchos de estos libros fueran enviados por Prescott a sus corresponsales académicos y por la propia Fanny a sus antiguas amistades mexicanas.

El primer periódico en mencionar *La vida en México* fue el liberal *Siglo XIX* en su edición del 28 de abril de 1843. Entonces, el periódico anunciaba sus intenciones de publicar en forma seriada la traducción de la primera carta. Paralelamente, hacía un llamado a aquellos lectores que se identificaran en los textos y que creyeran que habían sido injustamente tratados, a defenderse de las aseveraciones de la ahora ex embajadora, con explicaciones y aclaraciones. Dos días más tarde, el 30 de abril, *El Diario de Gobierno* publicó en su editorial un furibundo ataque a *La vida en México*. Lo consideró un reprochable trabajo y censuró drásticamente al *Siglo XIX* por sus intenciones de publicarlo. De acuerdo con el editorialista, la autora de *La vida en México* había traicionado la generosa hospitalidad mexicana; era trivial, coqueta, petulante y una vanidosa “improvisada en la aris-

toctracia”. El editorial también culpaba a Ángel Calderón de la Barca de abusar de su estatus diplomático y permitir el insulto de su esposa hacia los mexicanos. Esta concesión, continuaba el editorialista, le otorgaba al ex embajador español la misma oprobiosa reputación de que gozaba el barón Deffaudis en la memoria de México.⁴⁰

El editorial de *El Diario de Gobierno* fue suficiente para que *La Hesperia*, órgano de la colonia española en el país, días después lanzara una fogosa defensa del ex embajador y esposa. Por su parte, *Le Courier Français* hizo lo propio con el Barón Deffaudis a quien no sólo exoneraba de su responsabilidad en la Guerra de los Pasteles, sino que se pensaba que era infamado al involucrarlo en una polémica ajena. *El Diario de Gobierno* no cedió ante la presión y continuó sus ataques contra la tentativa de publicación del libro de Fanny. A pesar de la acometida periodística, el *Siglo XIX* publicó la traducción de tres cartas de *La vida en México*. La primera, segunda carta en el libro, apareció en su ejemplar del 14 de mayo de 1843; en esta carta la escritora relataba sus apreciaciones y experiencias en La Habana. La siguiente, la número 3 en el texto, se refiere al viaje entre La Habana y Veracruz, a sus primeras impresiones del puerto y a la recepción de autoridades y habitantes; ésta fue publicada el 21 de mayo. El 26 de ese mismo mes, el *Siglo XIX* publicó la cuarta carta del libro en la que se relatan los pormenores de su estadía en Veracruz y empezaba a reseñar sus cáusticas opiniones sobre los personajes de la política nacional. La siguiente carta, la número 5, se refería directamente a Santa Anna. En ella, Fanny describía al general como un individuo taimado, ambicioso e intrigante, entre los adjetivos que la escritora le otorgó. Aun para el liberal *Siglo XIX*, esta plétora de epítetos resultaba excesiva y comprometedora. En consecuencia, allí cesaron las publicaciones del esforzado diario. Santa Anna era entonces un contendiente temible para cualquier crítico, aun para los más aventurados.

Mientras el *Siglo XIX* publicaba las cartas de *La vida en México*, *El Diario de Gobierno* continuó con sus impugnaciones, argumentando que

Fanny había cometido una imperdonable afrenta contra los más destacados hombres y mujeres de la nación. Desechando cualquier valor histórico y literario de *La vida en México*, *El Diario de Gobierno* fue aún más lejos y exigió que el libro fuera proscrito de la república. Después de que el *Siglo XIX* suspendió la publicación, la polémica amainó y pronto desapareció de los editoriales. Posteriormente, sólo aparecieron algunos avisos anunciando la venta de algunos ejemplares, en inglés, de *La vida en México*.

El libro de Fanny Inglis, marquesa Calderón de la Barca, fue rápidamente postergado y reemplazado en el mundo de las letras por el éxito contundente de *La conquista de México* de William H. Prescott. Si bien los dos libros vieron la luz pública en 1843, el de Prescott sólo llegó a México hasta mediados de 1844. En lo que podría parecer una extraña paradoja, la recepción nacional de *La conquista de México* fue exactamente la opuesta a *La vida en México*. Prescott recibió elogios interminables al considerársele como un prodigio de historiador y un narrador tan sobresaliente como Washington Irving. Los críticos sólo encontraron en el trabajo de Prescott errores menores y enmendables. *Siglo XIX* se apresuró a publicar la traducción del prólogo del libro en su edición del 19 de septiembre de ese año. Al mismo tiempo, el diario solicitaba a las editoriales mexicanas que se apresuraran a traducir y publicar el libro. El llamado fue escuchado con presteza. De tal manera, dos diferentes traducciones y ediciones de *La conquista de México* empezaron a publicarse por entregas a fines de 1844.⁴¹

Pero ¿por qué la disímil acogida? *La vida en México* había sido repudiada de manera concluyente, mientras *La conquista de México* era exaltada sin cortapisas. Uno de los estudiosos del trabajo de la marquesa y de Prescott, Costeloe, atribuye la discrepancia al evidente nacionalismo que permeaba a la élite ilustrada.⁴² Si bien la tesis nacionalista es aplicable, ésta tiene que ser ampliada y enriquecida con otros elementos. El trabajo de Fanny era esencialmente una crítica contemporánea y fulminante de la élite criolla y de la sociedad mexicana de finales de la década de los treinta. *La vida en*

México no era un estudio histórico profusamente documentado como el de Prescott. Por otro lado, éste se cuidó muy bien de aventurar cualquier juicio sobre el México contemporáneo en la realización de su investigación, o de reformular drásticamente los presupuestos básicos de la propia historiografía mexicana sobre la conquista. Más allá de sus virulentas recriminaciones a los políticos, a la Iglesia, a la religiosidad y la festividad populares, la autora escocesa transgredió los límites de lo que entonces —y aún hoy— se consideraba inexpugnable en México: la privacidad de la vida doméstica. Al hacer públicos sus hábitos cotidianos, Fanny violó la sacrosanta intimidad del hogar y específicamente la de la élite criolla. Pero todavía fue más allá al contradecir radicalmente la autoimagen de sofisticación e ilustración que tenía la casta dirigente. La autora la describió ignorante, arrogante e incivilizada. Estos reproches los dirigió especialmente a las mujeres, que se llevaron la peor parte de su punzante narrativa al ser retratadas como rústicas, analfabetas e indolentes. Hay, sin embargo, un aspecto más a considerar, y se refiere al hecho de que esta desusada crítica venía de una mujer. El mundo literario, científico y político de la primera mitad del siglo XIX mexicano era un espacio netamente masculino. Para estos letrados hombres, Fanny, además de extranjera entrometida, resultó una mujer descarriada que no sólo desairó su papel de esposa y diplomática, sino que ridiculizó a su marido. Pero lo interesante del asunto es que por ello no la recriminaron directamente, sino que responsabilizaron por sus supuestos desvaríos al ex embajador. Así lo consignó *El Diario de Gobierno* en una de sus críticas a Fanny:

Suponiendo que el señor Calderón no haya renunciado a la superioridad que Adán le confirió al esposo sobre la esposa, él debe asumir toda la responsabilidad. El le permitió ocupar su tiempo y el de su familia entreteniéndose a costa de todos aquellos mexicanos que les otorgaron su hospitalidad y después, para satisfacer sus deseos de lucimiento, le consintió publicar su desprecio por ellos.⁴³

Hay que destacar que la versión de *La vida en México* a la que tuvieron acceso los pocos lectores mexicanos del XIX fue una transcripción, editada con sumo cuidado, de los escritos originales. Sólo se puede conjeturar que si las partes omitidas por Fanny, reveladas por el trabajo de los Fisher y los comentarios contenidos en algunas de sus cartas a Prescott, se hubieran conocido entonces, la reacción a la publicación de *La vida en México* habría sido más vehemente de lo que fue.

La vida en México tardó casi un siglo en ser traducida, pulida cuidadosamente y publicada en México. Víctor Salado Álvarez intentó hacer la primera traducción completa del trabajo en 1909. No obstante, ésta nunca se terminó. En 1920, Enrique Martínez Sobral tradujo el libro y Manuel Romero de Terreros escribió el prólogo. También en ese mismo año, Romero de Terreros escribió otro prólogo para una reedición inglesa. Las siguientes publicaciones en español, hechas en 1944, fueron versiones abre-

viadas del trabajo. La primera, traducida y prologada por Artemio de Valle Arizpe, y otra por Antonio Acevedo Escobedo. La última publicación fue realizada en 1959 por Felipe Teixidor, quien además de hacer su propia traducción también escribió un extenso estudio introductorio. Esta edición de Teixidor es probablemente la más conocida por los especialistas del XIX.

De hecho, *La vida en México* sólo alcanzó notoriedad hasta el presente siglo, cuando se reconoció que podía tener múltiples lecturas, además de ser una extraordinaria fuente de información. Si las pretensiones originales de la autora nunca fueron escribir un tratado monumental sobre México, debe ahora, con justicia, admitirse que fue capaz de describir con excepcional sagacidad la sociedad mexicana que presencié y en la que vivió durante un poco más de dos años. *La vida en México* es, si la comparación se acepta, una cercana anticipación a la, ahora tan de moda, historia de la vida privada.

Notas

¹ Fanny Erskine Inglis, marquesa Calderón de la Barca, *La vida en México* (traducción y prólogo de Felipe Teixidor), México, Editora Nacional, 1958, p. 328.

² Felipe Teixidor, *op. cit.*, p. VI.

³ Howard T. Fisher y Marion Hall Fisher, *Life in Mexico. The Letters of Fanny Calderon de la Barca*, Nueva York, Doubleday and Co., 1970.

⁴ *Ibid.*, p. 12.

⁵ En Boston, *La vida en México* fue publicado por Little and Brown en diciembre de 1842. La edición inglesa estuvo a cargo de Chapman y Hall y salió a la luz el 16 de enero de 1843.

⁶ Howard T. Fisher y Marion Hall Fisher, *op. cit.*, p. 21.

⁷ *Ibid.*, p. 20.

⁸ *Ibid.*, p. 32.

⁹ *Ibid.*, p. 31.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 20 y 39.

¹¹ *Ibid.*, p. 40.

¹² *Ibid.*, p. 62.

¹³ *Ibid.*, p. 64.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 65 y 66.

¹⁵ La utilización de *La vida en México* como un mapa y guía por parte del ejército norteamericano fue mencionada por Baerlein. Citado por Teixidor.

¹⁶ Howard T. Fisher y Marion Hall Fisher, *op. cit.*, pp. 125-126.

¹⁷ *Ibid.*, p. 432.

¹⁸ *Ibid.*, especialmente pp. 183, 222 y 224.

¹⁹ *Ibid.*, p. 423.

²⁰ *Ibid.*, p. 141.

²¹ *Ibid.*, pp. 264-265. Fanny juega con la palabra *fatherland*, pues ésta significa patria; pero ella se refiere igualmente al hogar paterno, ya que continúa diciendo que los mexicanos no sólo no soportan vivir lejos de sus familias sino que su felicidad sólo reside en ella.

²² *Ibid.*, p. 252.

²³ *Ibid.*, p. 445.

²⁴ *Ibid.*, pp. 258-259.

²⁵ *Ibid.*, p. 267.

²⁶ *Ibid.*, p. 433.

²⁷ *Ibid.*, p. 450.

²⁸ *Ibid.*, p. 603.

²⁹ *Ibid.*, p. 614.

³⁰ Prólogo de William H. Prescott en *Life in Mexico*, Londres, Dutton and Co., 1931, s.p.

³¹ Carta de William H. Prescott a Charles Dickens el 31 de agosto de 1842. Roger Wolcott (ed.), *The Correspondence of William Hickling Prescott, 1833-1847*, Boston, The Massachusetts Historical Society, 1925, p. 315.

³² William H. Prescott, "Madame Calderon's *Life in México*", *North American Review*, January, 1843, en

Biographical and Critical Miscellanies, Boston, J.B. Lippincott & Co., 1870, pp. 356-360.

³³ Carta de William H. Prescott a Pascual de Gayangos el 30 de enero de 1843. Roger Wolcott (ed.), *op. cit.*, p. 332.

³⁴ Carta de William H. Prescott a Fanny Calderón de la Barca el 15 de agosto de 1840. *Ibid.*, p. 146.

³⁵ Cit. por Howard T. Fisher y Marion Hall Fisher, *op. cit.*, p. 630.

³⁶ Los Fisher citan las reseñas inglesas aprobatorias publicadas por *Athenaeum*, *Examiner*, *Spectator*, *Illustrated London News* y *John Bull* entre enero y marzo de 1843. Entre las reprobatorias, las publicadas en *Foreign and Colonial Quarterly*, *Literary Gazette*, *Edinburgh Review* y *Chamber's Edinburgh Journal* entre marzo y junio de 1843. La crítica más severa la recibió en el *Quarterly Review* en 1845, pp. 631-632.

³⁷ *Ibid.*, p. 632.

³⁸ La suma acordada por Fanny con Chapman y Hall no es conocida pero probablemente se acerque a la cantidad pagada por *La conquista de México* de William H. Prescott, que importó 650 libras esterlinas por 5,000 ejemplares.

³⁹ Carta de Fanny Calderón de la Barca a William H.

Prescott de junio de 1843. Roger Wolcott (ed.), *op. cit.*, p. 368.

⁴⁰ Michael P. Costeloe, "Prescott's *History of the Conquest* and Calderon de la Barca's *Life in Mexico*. Mexican Reaction: 1843-1844", *The Americas*, XLVII (3), enero de 1991, p. 344.

⁴¹ La primera versión española de *La conquista de México* fue realizada por Vicente García Torres. En ella se incluían notas aclaratorias y explicativas de Lucas Alamán. La traducción correspondió a José Gómez de la Cortina y las ilustraciones a él mismo y a Isidro Rafael Gondra, entonces director del Museo Mexicano. La primera parte de esta edición apareció el 7 de noviembre de 1844. La segunda edición fue realizada por Ignacio Cumplido y la traducción por Joaquín Navarro. También tenía ilustraciones suministradas por Gondra. Esta edición contenía un extenso apéndice de 125 páginas escrito por José Fernando Ramírez. Véase Michael Costeloe, *op. cit.*, pp. 338-339 y la edición prologada y anotada por Juan A. Ortega y Medina de William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, México, Editorial Porrúa, 1970.

⁴² Michael Costeloe, *op. cit.*, p. 346.

⁴³ *Ibid.*, p. 347.



